



Un mal demasiado cercano

El nuevo libro de Francisco Proaño Arandi retrata una sociedad donde la corrupción se ha extendido como un virus

En *Ceremonia de pólvora*, la más reciente obra de Francisco Proaño Arandi, estamos ante una novela policial en su expresión nuclear: la búsqueda de reinstaurar un orden que se ha quebrado. Más allá de si el esquema narrativo compuesto por crimen-indagación-solución llega a completarse, lo que caracteriza a esta novela es que quiere enfrentarnos con la idea del mal. Lo hace desde su primera línea: «El mal que siempre temimos estaba ya entre nosotros y yo rehuía reconocerlo». Dicho planteamiento ubica a todos los personajes —y al lector— en un sistema de valoraciones morales que impele a los diferentes actores a verterse en expiaciones, culpas, pecados, confesiones, penas, en un medio que parece menos una sociedad que un purgatorio de almas desamparadas.

La muerte violenta que desencadena la trama es el suicidio de Alberto San Miguel, un financiero que se movía por los altos círculos del poder económico y político de la ciudad. La investigación, conducida por el inspector de policía Raúl Jiménez, no irá entonces en pos de encontrar un culpable sino que apuntará a descubrir las razones, los dispositivos de la culpa —del «mal», si seguimos la premisa con que se abre la novela— que operaron en San Miguel para dar un insospechado fin a sus días, en el estudio de su propia casa y con un arma que su esposa tenía escondida.

Como siempre, y sobre todo en el género policial, el contexto lo es todo. Nos encontramos en una ciudad latinoamericana sin nombre, sede del poder político nacional, que vive el momento posterior a un régimen autoritario, corrupto y muy poderoso; un momento en el que empiezan a destaparse las ilegalidades y los abusos de dicho gobierno, que enraizó la corrupción como modo

empresarial y la volvió práctica extendida.

Pero la novela de Proaño Arandi no conecta este mundo de sus personajes con una realidad extraliteraria concreta, ni con alusiones veladas ni con guiños para entendidos; lo que le interesa a la novela es enfocarse en el desarrollo corruptor que esa degradación social opera en los individuos que la protagonizan, o que se ven contagiados de ella como si de un virus se tratase.

Allí se va sumiendo la indagación de Jiménez, quien entrevista a una serie de personajes relacionados con San Miguel tratando de leer en sus gestos y dudas, en sus con-

tradiciones, en los detalles que se les escapan, aquellas claves para entender que llevó a aquel hombre pudiente a quitarse la vida.

En sucesivas escenas dialogadas, conocemos así al hermano del difunto, a su esposa, a la misteriosa media hermana, así como a colegas y otros personajes que van contribuyendo a ese collage que es toda «reconstrucción de los hechos». El autor ha vertido

La oscuridad es un hilo conductor de esta historia, cuya investigación avanza solo para volverse más opaca

su cuidado lenguaje en estos diálogos de modo que no se debe sino lo indispensable de la historia, aun cuando en ciertas partes las voces de los personajes redunden en una oscura indistinción, que acaso remarca el confuso panorama que debe esclarecer el detective. Cabe apuntar además el sospechoso clima desafectado que comparten los allegados del difunto, quienes muestran poco dolor y apenas vulnerabilidad en los momentos y días inmediatos a la muerte de San Miguel; quien lee tiene la recurrente sensación de que algo extraño ha marcado las interrelaciones de todos los implicados.

Resulta llamativa además una sección en que acompañamos a Jiménez en una indagación bibliográfica sobre el suicidio, en donde se glosan libros de filósofos clásicos, estudios científicos que abordan el tema con mirada médica e incluso reflexiones filológicas que hablan de obras conocidas por sus autores o protagonistas suicidas. Un catálogo libresco que ubica a la obra en el terreno literario antes que en el de la ética aunque se pregunte reiteradamente, como hemos dicho, acerca del mal.

Por eso mismo, a lo mejor el principal acierto de la novela radica en el cambio de perspectivas narrativas. De un primer momento en que la historia nos llega con un narrador omnisciente en tercera persona, que nos presenta los interrogatorios del inspector, nos adentramos luego en las psiquis de dos personajes: el suicida Alberto San Miguel, y Enrique Pimentel, un intelectual (conocido del primero) que había participado en el corrupto gobierno elaborando los discursos del presidente, es decir, sustentando las formulaciones ideológicas que encubrirían toda la ilegalidad y los abusos del régimen. Escuchamos las voces de ambos personajes gracias a documentos que el inspector halla en el curso de sus pesquisas, y en esos fragmentos intercalados, que se hacen más frecuentes hacia la parte final de la novela, se da con mayor eficacia esa sumersión en las aguas del mal, en el relato de dos personajes que la viven en carne propia, y que la ejercen a veces cínicamente, a veces con culpa y remordimientos, otras veces incluso con violencia y crueldad.

En esos relatos es posible encontrar ecos de otros

personajes y narradores de Proaño Arandi, igualmente perdidos —lúcidamente delirantes— en ominosos laberintos hechos de sus propias palabras, llenos de repliegues de confusión y oscuridad (este es un término que se reitera especialmente en la obra), en novelas como *Del otro lado de las cosas*, *El sabor de la condena* o *Tratado del amor clandestino*. En esta *Ceremonia de pólvora* (publicada por la Academia Ecuatoriana de la Lengua), el desenlace no es un develamiento o un aclararse el misterio, sino paradójicamente el despliegue de esa oscuridad —el mencionado «mal»—, su irrevocable imperio, erigido allí donde no puede combatirse fácilmente: en el interior de cada persona.

En uno de los documentos de Pimentel, podemos leer:

He sentido entonces vergüenza. Lo he sentido muy adentro y no he hecho participar a nadie de ello, ni siquiera a Carmen, solo aquí, frente a mí mismo sobre el papel. Los datos que sistemáticamente vengo anotando, registrando y guardando en el fondo del archivador y en mi cuaderno



Francisco Proaño Arandi

secreto sustentan, promueven, alimentan esa vergüenza. Yo también, como la realidad que observo, adolezco de ello, esa esquizofrenia, esa contradicción esencial. Pero en medio de todo ello, hay algo que me salva, frente a mí mismo, en mi fuero más íntimo, y solo yo lo reconozco. Y es el hecho de que he sentido vergüenza: eso me redime, me distancia, me personaliza de otro modo. Me abre otros espacios de conocimiento.

Acaso esta suerte de «conocimiento», el triste registro de la injerencia del mal en nuestra particular biografía, sea justo a lo que apunta esta negra novela policial de Francisco Proaño Arandi. (AC) 